

El pragmatismo desarmado

James Petras y Steve Vieux*

El libro de Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, ha engendrado una buena cantidad de reseñas y comentarios favorables tanto en periódicos liberales como en publicaciones de izquierda de circulación masiva. Más allá del mundo literario, su trabajo refleja una influyente corriente de pensamiento en América Latina y, en menor medida, en Europa y Estados Unidos. El libro provee un punto de vista doctrinal más o menos coherente para un gran número de intelectuales y políticos que son críticos de la derecha liberal, rechazan las políticas izquierdistas de los sesenta y de los setenta y aspiran a conformar coaliciones que unan a banqueros, gente de negocios, trabajadores, campesinos y a los sectores pobres de la ciudad en una gran alianza que supere las divisiones del pasado y empuje a América Latina hacia un futuro de progreso.

Cualesquiera sean sus méritos intelectuales, *La utopía desarmada* es un libro que merece una detenida lectura y una minuciosa crítica. Se trata de un planteamiento político que tiene eco sobre un sector cada vez más influyente de la centro-izquierda latinoamericana y que desarrolla varios de los argumentos que la sostienen. Su importancia no reside tanto en su originalidad, puesto que muchos de sus argumentos y críticas han sido expuestos en numerosos escritos socialdemócratas y liberales, como en su capacidad para reunir en una sola obra muchas reflexiones parciales y fragmentarias.

El atractivo y la influencia de Castañeda emana de varias fuentes. En primer lugar, su virulenta crítica de las políticas de la izquierda de los sesenta y de los setenta retoma la postura crítica de muchos "socialistas renovados", involucrados en la política electoral y parlamentaria, y sus grupos de expertos en las organizaciones no guber-

* Profesores de Sociología, en la State University of New York at Binghamton.
Traducción: Víctor M. Figueroa Sepúlveda.

namentales. Segundo, su método de análisis, el cual se centra en un conjunto dicotómico de élites políticas (guerrilleros/militares) y de doctrinas (neoliberalismo/socialdemocracia), es una manera ingeniosa de simplificar realidades que de otra manera aparecerían complejas, inconvenientemente desafiantes. Tercero, su entretenido enfoque anecdótico (sobre tráfico de armas, chantajes políticos, etc.), respecto de la historia política deja en su narrativa la impresión de "persona enterada", compensando al lector por la carencia de análisis de fondo sobre los vínculos entre los intereses sociales, los movimientos y las opciones políticas.

Iniciaremos nuestros comentarios sobre este libro con una breve exposición del enfoque de Castañeda y de su método de argumentar en favor de una propuesta socialdemócrata. Luego, avanzaremos hacia el bosquejo del contexto político en que aparece el "nuevo pragmatismo" de Castañeda, centrándonos en la expansión de las coaliciones de centro-izquierda. Seguiremos con una crítica sistemática de su método, del marco analítico y de las más importantes cuestiones sustantivas que ocupan a los escritores que intentan producir una perspectiva teórica para la izquierda latinoamericana.

El argumento de Castañeda

La utopía desarmada combina una prolongada narración de la historia de la izquierda en América Latina con varios capítulos temáticos sobre cuestiones importantes que atañen a la misma en la actualidad. El tratamiento histórico de la izquierda comienza con el análisis que el autor hace de los partidos comunistas y de los movimientos y gobiernos populistas en la región, enfatizando en especial su contribución a las tradiciones democráticas y a la expansión del gasto de bienestar. El autor combina su discusión del ascenso y derrota de la primera ola de actividad guerrillera urbana y rural en los sesenta con un análisis de la influencia del gobierno cubano sobre estas luchas; subraya en particular el papel de la inteligencia cubana en apoyarlas. Este énfasis es llevado a su discusión de la segunda ola de luchas guerrilleras en Nicaragua y El Salvador, donde hace hincapié en el rol de los cubanos en cuanto a armar estos movimientos y, en el caso de los Sandinistas, en cuanto a militarizar al gobierno revolucionario cuando fue finalmente establecido. La narrativa histórica de Castañeda concluye con

una discusión de las corrientes políticas actuales en la región, las cuales son ya sea socialdemocráticas (la coalición gobernante después de Pinochet en Chile, el Movimiento al Socialismo venezolano, el Partido Social Democrático brasileño) o están en el camino hacia la Socialdemocracia, tal como el Partido del Trabajo en Brasil. Con la creciente marginación del populismo y el colapso de los partidos comunistas tras la desaparición de la Unión Soviética y la derrota electoral de los Sandinistas —lo que simboliza la derrota de la segunda ola de luchas guerrilleras—, la Social Democracia aparece bien ubicada para asumir el liderazgo de la izquierda en América Latina, según ve él las cosas.

Más de la mitad del trabajo está destinada a la discusión de una serie de temas. Entre éstos, Castañeda discute el papel tradicional de los intelectuales en América Latina y su desplazamiento hacia la derecha y el creciente peso de los movimientos sociales como las agrupaciones femeninas, los grupos ecologistas y las comunidades cristianas de base. El autor dedica dos capítulos al análisis de la naturaleza del nacionalismo en América Latina y a las formas en que debiera ser reformulado en el periodo de posguerra fría. Otros dos capítulos son destinados a la democracia en la región, centrándose en particular en las fallas de la izquierda en este terreno, los defectos de los sistemas electorales vigentes y las principales reformas que el autor estima que son esenciales para reforzarlos. Castañeda concluye argumentando que la izquierda debe reconciliarse con el capitalismo, pero debe concebir y luchar por un capitalismo que haga uso de una extensa intervención estatal para corregir las limitaciones del mercado y proteger a las economías locales de los riesgos que implica la economía mundial.

Las políticas traumáticas y la emergencia de los nuevos pragmáticos

Una de las mayores debilidades de las elaboraciones de Castañeda es la ausencia de una discusión seria de los efectos traumáticos en gran escala y a largo plazo del terrorismo de Estado, de la política de shock económico y del nuevo orden mundial centrado en Estados Unidos sobre la izquierda. No hay en el trabajo un esfuerzo por analizar las duras condiciones políticas que han eliminado los discurs-

sos izquierdistas o debilitado sus bases sociales y facilitado el ascenso de los nuevos pragmáticos. El predominio de estos últimos sobre la izquierda revolucionaria es un resultado del éxito de los regímenes autoritarios en eliminar a ésta y tolerar a aquéllos.

La discusión de Castañeda sobre la represión estatal es impresionista. Sin documentación de apoyo, él sitúa el límite superior de la represión estatal en un solo país durante los setenta y los ochenta, en el número de treinta mil asesinados en Colombia.¹ Ello subestima enormemente la extensión de los asesinatos de masas llevados a cabo en la región durante esos años, especialmente en los casos de El Salvador y Guatemala. Castañeda mismo describe la matanza en Guatemala durante los años de Ríos Montt como "virtual genocidio".² El hecho es que la represión ha sido una fuerza formativa tan crucial para la izquierda contemporánea en América Latina que una historia de esta última no puede dejar de tenerla en cuenta como hace Castañeda. Por casi dos décadas, la región ha soportado las dificultades y desigualdades asociadas con el libre mercado: las desigualdades se han profundizado, la pobreza ha crecido, los recursos naturales han sido saqueados, las empresas públicas han sido privatizadas a precios ultrajantes. Las cuentas, en dólares, de los ricos en el extranjero han crecido, el número de multimillonarios se ha triplicado, los estadounidenses, los europeos y los japoneses han recuperado varias veces sus préstamos originales.

Empero, a pesar de la severidad de la explotación, la respuesta política ha sido relativamente débil: disturbios y protestas esporádicas, movimientos socio-políticos luchando por defender los restos de la legislación social y laboral de épocas anteriores. Las principales fuerzas sociales de la izquierda han sufrido una serie de conmociones traumáticas que han deteriorado seriamente su capacidad para reaccionar. En un primer momento, la erupción violenta de dictaduras militares y los correspondientes regímenes autoritarios destruyeron los sindicatos, las organizaciones vecinales y las agrupaciones civiles. En seguida, las draconianas tácticas económicas de shock —la aplica-

ción de las políticas de libre mercado— virtualmente desmantelaron medio siglo de legislación social y derechos laborales. Finalmente, el colapso de los regímenes comunistas y la correspondiente desaparición de un punto de referencia ideológico y político dividieron y desorientaron a la izquierda. Como consecuencia de los "shocks", el descontento y malestar entre la población engendrado por la aplicación de políticas neoliberales perdió relación con los movimientos políticos.

Después de casi dos décadas de políticas de libre mercado, en todas partes hay signos de que el fin del ciclo neoliberal se está acercando. Los movimientos electorales cuestionan los supuestamente benignos efectos de esas políticas y exigen cambios en los programas sociales y en la política estatal.

América Latina está entrando a un periodo de transición de mercados libres al posliberalismo. Los protagonistas de las nuevas políticas pueden ser divididos en dos sectores. Una variante, pragmáticos como Castañeda, proponen manejar la economía liberal con mayor atención al costo social. La otra, la izquierda consecuente, llama a un cambio sistemático, transformaciones estructurales que afecten al poder, la propiedad y la producción.

Dos tipos de actores políticos están luchando para determinar las políticas del posliberalismo. Los protagonistas de la visión pragmática son personalidades y partidos electorales que buscan negociar mejores salarios, incrementar los impuestos para financiar programas de pobreza y renegociar la deuda externa con vistas a liberar fondos para estimular la industria local e incrementar el empleo. En una palabra, Castañeda y sus seguidores esperan convencer a la dirigencia del libre mercado de compartir la riqueza y el poder con las clases populares, sin tocar los cambios forjados por las políticas neoliberales.³

El segundo grupo de actores incluye a los movimientos sociopolíticos compuestos básicamente por los pobres del campo y de la ciudad, los que aspiran a transformar las relaciones de propiedad (tierra y empresas), crear nuevas formas de representación política y redistribuir el ingreso.

Detrás de la aparente unidad entre los políticos electoralistas y los movimientos sociopolíticos, existen tensiones reales, no sólo sobre

1 Castañeda, Jorge. *Utopía Unarmed*, Nueva York, Knopf, 1993, p. 116.

2 *Ibid.*, p. 94. Sobre Guatemala, véase Shirmer, Jennifer, "The guatemalan military project: an interview with general Hector Gramajo", en *Harvard International Review* (Spring), 1991. Sobre El Salvador, véase Instituto de Derechos Humanos, *Los derechos humanos en El Salvador durante el año 1985*, San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1986.

3 Castañeda, Jorge. *Op. cit.*, pp. 451-471.

métodos de lucha y la naturaleza de los cambios, sino también sobre el carácter de los actores sociales. A través de toda América Latina, los movimientos sociales están presionando a los partidos políticos organizados. En México, los programas pragmáticos de los líderes del Partido de la Revolución Democrática compiten con las demandas revolucionarias del movimiento zapatista. En Brasil, los pragmáticos involucrados en políticas electorales están apremiados por el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra y los movimientos urbanos.

Al ignorar las bases históricas del poder político y los compromisos que engendraron a los nuevos pragmáticos, Castañeda ignora los intereses reales de los enemigos de la reforma y de los lazos entre la agenda económica neoliberal y los intereses de clase y las instituciones de Estado que los defienden. En efecto, Castañeda no logra integrar la historia social y política en su propuesta contemporánea de reforma de la economía neoliberal.

Distorsionando el pasado en beneficio del pragmatismo

El ascenso de la centro-izquierda tiene sus propios ideólogos, y entre sus defensores se incluye un significativo contingente de intelectuales quienes, como Jorge Castañeda, han elaborado una visión de una socialdemocracia construida sobre los fundamentos de la economía liberal.

El reagrupamiento de un conjunto de movimientos sociales y políticos intelectuales como Castañeda, en una coalición antiliberal, es un desarrollo positivo, particularmente en cuanto ellos articulan una crítica de los peores abusos sociales cometidos en el proceso de implementar las llamadas políticas de ajuste estructural. Sin embargo, el análisis teórico, histórico y empírico desarrollado por los políticos e ideólogos pragmáticos es profundamente erróneo.

En primer lugar, el intento de ubicar el "nuevo pragmatismo" en la historia reciente es totalmente inadecuado. Castañeda distorsiona las experiencias de los sesenta y de los setenta, reduciendo un rico mosaico de las mismas a una dicotomía simplista de guerrillas utópicas y apocalípticas y fuerzas militares reaccionarias. En su argumentación la izquierda revolucionaria y los movimientos revolucionarios de masas son simplemente reducidos a la "izquierda militar". Dice que toda una ala de la izquierda no ha sido otra cosa que militarista por

treinta años a lo menos. Habla del ampliamente dominante capítulo de la izquierda militar durante las última tres décadas.⁴

Los experimentos exitosos de democracia directa en los asentamientos cooperativos rurales, de la autogestión en las fábricas, de la democracia asambleísta en los lugares de trabajo, de las escuelas experimentales y las instituciones psiquiátricas no son tomadas en cuenta. Una posible razón es que estos hechos resaltan experiencias populares exitosas que van mucho más allá de las doctrinas y los programas pragmáticos de los ideólogos de la centro-izquierda.

El problema de entender las experiencias positivas de cambio revolucionario a través de las organizaciones populares es eludido. En vez de analizar los consejos de trabajadores en Chile, las escuelas experimentales y los comités para una relación médico-paciente democrática en las instituciones psiquiátricas de Argentina, las nuevas formas de representación política que se encuentran en las asambleas populares de los vecindarios y de los sindicatos en Uruguay y Bolivia, Castañeda prefiere concentrarse en los enfrentamientos militares y en los fracasos de los movimientos guerrilleros. Las experiencias de representación popular no fracasaron; ellas fueron derrotadas por la fuerza y la violencia. Reconocer esta otra realidad de los sesenta y de los setenta, para los pragmáticos ciertamente significaría suscitar alternativas importantes a sus preocupaciones actuales por hacer circular propuestas entre líderes electorales y élites iluminadas. Los pragmáticos, al plantear la falsa dicotomía de guerrilla/ejército de los sesenta y setenta, pueden desestimar la relevancia de las formas populares democráticas de gobierno para los noventa. Negando el pasado, los pragmáticos pueden presentar las opciones contemporáneas como entre autoritarismo militar o política electoral. Los pragmáticos han reescrito el pasado en beneficio de sus actuales preferencias doctrinarias.

El segundo fallo serio en el enfoque pragmático de Castañeda es su visión idealizada de la trayectoria de la social democracia europea. Básicamente, él se imagina una versión de la socialdemocracia del tipo de Europa del Norte durante los sesenta y setenta, la cual tiene poca o ninguna relación con las prácticas actuales y ciertamente difiere de las políticas adoptadas por la socialdemocracia de Europa del Sur.⁵

⁴ *Ibid.*, p. 271.

⁵ *Ibid.*, pp. 433-447.

Castañeda extrapola las políticas del Estado de bienestar socialdemócrata de la fase expansiva del capitalismo europeo, en un momento en que los partidos y países comunistas y la izquierda parlamentaria actuaron como formidables competidores. Al descontextualizar las políticas de la social democracia europea de su marco histórico mundial, Castañeda no puede confrontar el viraje decisivo de la social democracia hacia las políticas liberales en los ochenta y noventa. Las políticas de alto desempleo, de privatización y reducción del gasto social que han sido impulsadas en diversos grados por todos los regímenes socialdemócratas nublan la "visión" presentada por Castañeda. Más aún, los partidos socialdemócratas que operan en países más próximos a aquellos de América Latina (España y Portugal) han ido mucho más lejos en el deterioro del Estado de Bienestar, de los derechos laborales y han procedido más a fondo en la introducción de la agenda política neoliberal que los pragmáticos de América Latina se proponen criticar. Las versiones española e italiana de las políticas pragmáticas y socialdemócratas están profundamente inmersas en procesos judiciales por escándalos de corrupción masiva y apoyando políticas que erosionan las ganancias históricas de la clase obrera y de los pequeños productores campesinos.⁶

Castañeda nos enfrenta al problema de los fracasos de los pragmáticos contemporáneos en América Latina. Las lecciones de la historia reciente son bastante bien conocidas. En Perú, el gobierno del APRA encabezado por Alán García intentó adaptar las reformas sociales a un régimen económico liberal y terminó fracasando. En Venezuela, el antiguo vicepresidente de la Internacional Socialista, Carlos Andrés Pérez, fue forzado a renunciar después de dos grandes levantamientos urbanos (brutalmente reprimidos), una revuelta militar y tiene un proceso judicial pendiente en el cual debe enfrentar cargos de fraude y mal uso de fondos públicos. El gobierno socialdemocrático "pragmático" de Jaime Paz Zamora (del Movimiento de izquierda Revolucionaria) en Bolivia, terminó del mismo modo aplicando políticas neoliberales y reprimiendo la protesta obrera y campesina, y dejó el gobierno bajo sospecha de corrupción, contrabando y tráfico de drogas. El movimiento guerrillero colombiano M-19 se unió pragmáticamente en una coalición con el gobierno liberal del

⁶ Petras, James and James Kurth. *Mediterranean paradoxes. Politics and social structure in southern europe*, New York, Berg, 1993.

presidente Gaviria y sufrió una declinación de su voto desde el 20% a apenas el 4%, siendo desplazado a los márgenes de la política electoral. Y, en el caso más reciente, una coalición de centro izquierda apoyó la candidatura del socialcristiano Rafael Caldera y, posteriormente, se vieron envueltos en la violenta represión de manifestaciones estudiantiles y de protestas laborales en contra de la privatización y la reducción salarial que fueron pragmáticamente resueltas por el régimen socialcristiano.

La carencia de "historicidad" en las propuestas políticas presentadas por pragmáticos como Castañeda pone sus ideales al mismo nivel que los "utópicos" que intentan criticar. Lo que es más serio, la ausencia de un análisis crítico del auge y declinación de la socialdemocracia europea y su conversión al neoliberalismo, condena a los pragmáticos a repetir sus errores y experiencias.

Tanto en Europa del Sur como en Latinoamérica los pragmáticos en el gobierno rebasaron las normas relativas a la corrupción hasta tal punto que sus máximos líderes aparecen sujetos a procesos judiciales. En otras palabras, los compromisos entre liberales y socialdemócratas y los acuerdos de cúpula entre reformistas, generales y banqueros no han fortalecido la democracia ni han provisto una apertura para el avance de la legislación social de bienestar.

Se hicieron intentos de acomodar las políticas de bienestar social al capitalismo en un contexto donde la movilidad del capital debilitó los esfuerzos de reforma. Las coaliciones de centro-izquierda hoy día ya no tienen los instrumentos para disciplinar al capital: forzar al capital a compartir ganancias, poder y crecimiento con las clases populares como fue posible hace 20 años. Durante la década pasada, el capital ha construido circuitos internacionales y ha aumentado grandemente su independencia de los controles nacionales. Las instituciones estatales y los bancos internacionales refuerzan y facilitan los movimientos de capital hacia y desde la región. De manera más fundamental, las condiciones para la inversión hoy en día son establecidas sobre plazos largos, gran escala, favorecimiento de los bajos salarios y los bajos costos sociales, y legislación social y sindicatos débiles. Los esfuerzos para fortalecer el trabajo o corregir la asimetría del poder han resultado en estancamiento de la inversión, amenazas de represalias financieras, etcétera.

Las actuales coaliciones de centro-izquierda enfrentan la misma intransigencia y resistencia: un capital profundamente atrincherado y vinculado al modelo neoliberal como la única forma de impulsar sus intereses. Los gobiernos de centro-izquierda desechan secciones importantes de sus programas sociales y se adaptan al modelo neoliberal, tratando de amortiguar los costos sociales con "programas de pobreza" y cambian muy poco en el camino del poder, las desigualdades sociales o la calidad de la vida. Ellos no avanzan hacia profundos cambios estructurales que arranquen las iniciativas de inversión de las manos de la coalición liberal dominante. En la medida en que la Centro-izquierda avanza hacia el poder se enfrenta a una crisis de "confianza": la amenaza o realidad de la fuga de capital y/o de la paralización de la inversión.

El método histórico

El grueso de la historia de la izquierda de Castañeda se concentra en organizaciones y élites organizacionales a expensas de la historia social. Su larga sinopsis de la historia de la izquierda desde los veinte, la cual ocupa unas doscientas páginas del libro, no vincula estas organizaciones con la historia de las fuerzas sociales populares y sus esfuerzos por defender sus intereses en contra de las clases dominantes locales, el Estado y los intereses extranjeros. El resultado es la ya antigua historia política que deja fuera a las masas. El autor provee muchas vívidas historias de tráfico de armas, secuestros guerrilleros, robos de banco y represalias políticas. Pero uno de los más peculiares aspectos de la *Utopía desarmada* (el cual ha escapado a la atención de la mayoría de los que celebran la llegada del libro) es que no hay un solo análisis fundado de las movilizaciones independientes de masas en todo el libro. (Castañeda sí analiza movimientos sociales que están bajo el control de liderazgos guerrilleros; un enfoque que es congruente con su dicotomía reduccionista de guerrilleros/militares)

Huelgas, insurrecciones, tomas de tierras, motines, ocupaciones de fábricas; uno buscará en vano en su libro un análisis detallado de tan importantes momentos de la lucha de clases en la historia de la izquierda latinoamericana en este siglo. El libro ofrece una historia de la izquierda sin los mineros bolivianos, sin el cordobazo, sin la ola de ocupaciones de fábrica bajo Allende, sin las invasiones de tierras

en Perú ni tampoco la revuelta de los pobladores en contra de Pinochet. La revolución de 1952 en Bolivia no amerita una frase completa. La fascinación de Castañeda con los detalles operativos de los robos de bancos y el tráfico de armas sirve como material para los guiones de películas en Hollywood.

Desde luego, se sirve muy mal aun a la historia de las organizaciones con tal aproximación. Es imposible comprender la actitud "elitista" de la guerrilla en Perú a mediados de los sesenta sin un análisis del vasto movimiento campesino de ocupaciones de tierra que recorrió la sierra en los años cincuenta y sesenta. La emergencia de los Tupamaros a fines de los sesenta y principios de los setenta está directamente vinculada a las actividades de Raúl Sendic entre los trabajadores del azúcar una década antes. El Movimiento de izquierda Revolucionaria en Chile está directamente relacionado con el movimiento urbano de pobladores y los campamentos que se establecieron a fines de los sesenta.

La omisión de Castañeda del conflicto de las fuerzas sociales daña seriamente su discusión de la historia del constitucionalismo y del procedimiento democrático en América Latina. Sostiene que el reformismo parlamentario de los partidos comunistas de América Latina fue la contribución más grande de la izquierda al ascenso de los regímenes electorales.⁷ En realidad, los movimientos y luchas de masas, mediados en diversos grados por los liderazgos de izquierda, han impulsado la democratización antes que las élites de las organizaciones. El largo periodo de constitucionalismo en Chile a mediados de siglo —un episodio crucial en la historia del régimen parlamentario en América Latina— fue resultado de las movilizaciones populares de los veinte y principios de los treinta. Olas de huelga, rebeliones y revueltas urbanas —junto con la Gran Depresión y los errores económicos de la dictadura de Ibañez— impidieron un retorno al dominio oligárquico o a la dictadura militar o aun la continuación del ibañismo bajo otro nombre. No fue el paciente reformismo lo que hizo del constitucionalismo chileno una opción realista, sino la movilización de las masas y las fisuras en el aparato militar.⁸

7 Castañeda, Jorge. *Op. cit.*, pp. 39 y 42.

8 Ruexchmeyer, Dietrich, Evelyne Huber and John Stephens. *Capitalist development and democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992. Sobre Chile, véase Vieux, Steve, *Democratization by revolt: the foundations of mid-century Chilean democracy*,

La reciente ola de constitucionalismo en América Latina confirma este patrón. Ella sigue a la ruptura sandinista en Nicaragua, pero, a su vez, está acompañada por la creciente fuerza del movimiento revolucionario en El Salvador. La victoria sandinista fue ella misma uno de entre varios levantamientos a nivel mundial, comenzando con Etiopía y la revolución Iraní, los cuales demostraron la vulnerabilidad de dictaduras antiguas e incluso bastante bien armadas frente a la revuelta popular. Esta tendencia global fue seguida localmente en Chile, por ejemplo, donde las protestas callejeras de los pobladores en continua radicalización empezaron a sacudir la dictadura al tiempo que se derrumbaba el milagro económico chileno a principio de los ochenta. Es ante este telón de fondo que las élites regionales y Washington empezaron a visualizar una transición a partir de las dictaduras. Castañeda omite esta historia real de los orígenes del dominio parlamentario en América Latina porque no logra integrar la historia social y organizativa de la izquierda.⁹

Inevitablemente, el olvido de Castañeda respecto de los intereses sociales en conflicto debilita también su discusión sobre los enemigos de la izquierda: las élites dominantes locales y sus aliados internacionales, principalmente el gobierno de Estados Unidos. Aparte de unas pocas páginas sobre Brasil, el autor no provee un cuadro claro de la burguesía latinoamericana o de las altas clases terratenientes. El sí aporta una mordaz síntesis de los fracasos económicos de la política neoliberal y de los beneficios que esas clases han obtenido de ella.¹⁰ Pero este análisis económico de la región no es articulado con una discusión de las élites locales en tanto actores políticos con intereses sociales precisos incorporados en estrategias y defendidos por medio de partidos políticos y acción estatal. Castañeda acepta en forma general que los intereses de la burguesía podrían estar amenazados por una masa electoral empobrecida.¹¹ Pero no desarrolla esta idea para revelar las causas de la estrategia de la derecha en episodios clave de la confrontación con los movimientos de masas de la izquierda, tal como la sangrienta represión en el Cono Sur durante los setenta o la

1920-1932 (Ph.D.diss.), New York, State University of New York at Binghamton, 1994.

9 Robinson, William Y. *A Faustian bargain*, Boulder, West View Press, 1992.

10 Castañeda, Jorge. *Op. cit.*, pp. 225-264.

11 *Ibid.*, pp. 338-339.

imposición de las políticas neoliberales en toda una serie de países durante los ochenta.

En el texto analizado se ignora la historia de los movimientos en gran medida no militaristas de la izquierda —sólo los grupos armados “utópicos” son definidos como la izquierda. El resultado es un cuadro falso de lo que le pasó “la izquierda”. No fueron “utópicos” los que fueron desarmados, sino que fueron dirigentes de base los que fueron asesinados. Lo que se desmanteló no fue una “utopía”, sino organizaciones cívicas, vecinales, campesinas y sindicales junto con sus programas de transformaciones estructurales que conducían a una nueva sociedad socialista. Lo que Castañeda ha producido es “historia” que carece de una historia de las acciones más importantes que encarnan intereses sociales concretos e involucrados en periodos decisivos en espacios socio-políticos en disputa. Presentado sin una clara discusión de los intereses y estrategias de la derecha, el significado de la represión de los setenta y la imposición del neoliberalismo en los ochenta para el desarrollo de la izquierda y sus estrategias futuras queda poco claro.

El eslabón perdido: los intereses estadounidenses y América Latina

La discusión acerca de los intereses y de la intervención estadounidenses en la región también es muy débil. El autor dedica muchas más páginas a la discusión de las actividades de la inteligencia cubana que a aquellas del gobierno estadounidense en América Latina. No provee reseña alguna de la extensión de la confrontación de Estados Unidos con movimientos y gobiernos de la izquierda latinoamericana. Desde el punto de vista de Castañeda las acciones estadounidenses durante la guerra fría fueron motivadas en primer lugar por consideraciones de orden geopolítico —el deseo de rechazar la influencia soviética en la región— antes que por la defensa de mercados, acceso de materias primas y trabajo, oportunidades de inversión, reembolso de la deuda, etc.¹² Tal interpretación ignora la magnitud de las intervenciones estadounidenses antes de la guerra fría —las intervenciones masivas en el Caribe antes de 1917; durante periodos de *detente*

12 *Ibid.*, p. 295.

con los soviéticos—; las acciones ejecutadas en contra del gobierno de Allende, o después en Panamá y Haití. Una explicación geopolítica basada en la dinámica de la guerra fría no puede dar cuenta de estos episodios históricos.

El esfuerzo más congruente por introducir un programa avanzado de bienestar social en América Latina tomó lugar en Chile durante el periodo de Allende. Este proceso fue boicoteado por Estados Unidos y subsecuentemente descarrilado en buena parte a través de la acción concertada del gobierno estadounidense y sus clientes chilenos. Gobiernos socialdemócratas elegidos en Guatemala (Arbenz, 1954), República Dominicana (Bosh, 1963 y Camaño, 1965), Guyana (Jagan, 1953–1954) y Granada (Bishop, 1984), proveen fuerte evidencia de que la persistente intervención de Estados Unidos no es un hecho coyuntural, sino más bien un fuerte antagonismo ideológico–estructural. La falla de Castañeda en cuanto a proveer un análisis suficiente de los estrictos controles impuestos por la política imperial de Estados Unidos sobre los regímenes socialdemócratas deja sus prescripciones actuales en un vacío histórico–estructural.

En conformidad con el énfasis del autor en los determinantes políticos–estratégicos de la conducta estadounidense en la región, él tiene poco que decir acerca del rol del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI) en la imposición de las políticas neoliberales durante los ochenta en América Latina. Este descuido es especialmente dañino, por cuanto la historia de la izquierda en la región está estrechamente ligada a los orígenes y a la difusión del ajuste estructural. Estas técnicas —reducción de las tarifas, profundas devaluaciones, cortes presupuestarios, privatizaciones y otras medidas— fueron promovidas por las dictaduras del Cono Sur después de que la destrucción de la izquierda las hizo posible. Estas políticas fueron recibidas con entusiasmo por el FMI y el Banco Mundial y luego generalizadas y reproducidas a escala global, incluyendo América Latina. Entre 1982 y 1989 los gobiernos de América Latina y el Caribe firmaron dieciocho acuerdos sobre préstamos *Stand By*, diez del programa Extended Fund Facilities y otros dos del Programa de Facilidades para el Ajuste Estructural. En el mismo periodo se firmaron quince préstamos para ajuste estructural con el Banco Mundial.¹³

¹³ World Bank. *Adjustment lending policies for sustainable growth*, Washington, D.C., World Bank, 1990, p. 12.

La difusión del ajuste alteró dramáticamente el terreno político de la izquierda en tanto que las huelgas generales, levantamientos y disturbios se difundieron tras la aplicación de estas políticas. Una vez más, Castañeda elude discutir las acciones de los actores políticos centrales en la región en la defensa de sus intereses sociales, prefiriendo limitar su análisis a las preocupaciones ideológicas y a las interacciones de las élites de los partidos políticos y del Estado.

De una historia defectuosa a una estrategia incorrecta

El olvido de Castañeda de los intereses sociales en conflicto sigue una clara lógica política. Una discusión abierta del papel jugado por las élites regionales y estadounidenses en la destrucción de la izquierda, en la imposición de gobiernos neoliberales y de los beneficios que ellos han obtenido de este curso de acción haría altamente inverosímiles sus recomendaciones estratégicas favoritas para la izquierda. Exhorta a la izquierda a reconciliarse con el capitalismo con la expectativa de construir un orden socialdemócrata al estilo europeo.¹⁴ El régimen deseado aumentaría los impuestos, estimularía el gasto social, impulsaría la regulación de los mercados, defendería las industrias estatales, protegería a la industria local frente a la competencia exterior, etcétera. Un programa semejante es creíble sólo en la medida en que uno concibe a los actores políticos principales de América Latina como élites organizacionales fundamentalmente sin raíces en clases sociales y proyectos antagónicos. Unas élites que flotan con libertad como éstas son capaces de interminables compromisos. El libro de Castañeda es un esfuerzo monumental por establecer una genealogía histórica para su actual perspectiva estratégica, intentando demostrar que los intereses sociales antagónicos no necesariamente bloquean el camino hacia la reconciliación y el entendimiento entre la izquierda y la Derecha sobre la base de las relaciones sociales capitalistas. Estos conflictos no intervinieron decisivamente en la historia de la izquierda, pues no tienen por qué, de manera decisiva, dar forma a su futuro.

La dificultad es esta: los incrementos de impuestos, el gasto social, la regulación de industrias, el apoyo a las empresas estatales y la protección de los mercados, todo ello implica el rechazo del modelo

¹⁴ Castañeda, Jorge. *Op. cit.*, pp. 451–471.

neoliberal y los frutos del ajuste estructural. ¿Por qué las élites regionales y estadounidenses habrían de reconciliarse con el rechazo de este modelo? No se puede esperar que ellos alegremente lo abandonen después de todos los trastornos económicos, los disturbios sociales y los riesgos políticos que corrieron para imponerlo tan recientemente. Ellos se han beneficiado generosamente con este modelo. Sobre doscientos billones de dólares fluyeron hacia Estados Unidos en reembolsos de la deuda y remisión de ganancias durante la década neoliberal de los ochenta. Una nueva clase de billonarios brotó en América Latina en esa década, muchos de ellos alimentados por privatizaciones fuertemente subsidiadas; la distribución del ingreso se desplazó decisivamente en favor de los ricos, como el mismo Castañeda demuestra. Nada de esto hubiera sido posible sin la derrota de la izquierda en los setenta y ochenta. ¿Por qué las élites regionales y estadounidenses habrían de abandonar el campo de batalla a un enemigo derrotado y permitir intrusiones en los privilegios obtenidos con su victoria? Sólo un utópico insensato podría esperar un resultado semejante.

A través de *La utopía desarmada*, Castañeda continuamente critica a la izquierda por su indiferencia, o su desprecio o su actitud instrumentalista respecto de los procedimientos del dominio democrático. La ironía es que el entusiasmo del autor por una reconciliación entre la izquierda y el capitalismo sobrepasa su excitación por la reconstrucción del régimen parlamentario en América Latina. Así, el autor considera al gobierno de Aylwin en Chile —con la participación subordinada del Partido Socialista—, como el “arquetipo” de los experimentos de reforma permisibles en América Latina. Admite francamente que este gobierno está “conservando las realizaciones económicas del régimen de Pinochet”, una curiosa admisión desde que en todas partes en el libro él describe en detalle el dudoso carácter de estos logros: 70% de la población con ingresos “por debajo del costo de una canasta básica de alimentos”, el consumo por persona por debajo de los años de Allende y hasta 1989, desigualdades de ingreso enormes y agravándose, dependencia en productos primarios de exportación, etc.¹⁵ Más aún, Castañeda hace sólo algunas observaciones de paso sobre las limitaciones de la democracia en Chile bajo Aylwin: la fuerza parlamentaria de la derecha garantizada por con-

¹⁵ *Ibid.*, pp. 166-167 y 255-261.

gresistas designados por los militares, presupuestos militares garantizados, reglas electorales diseñadas para marginar a los partidos pequeños, impunidad por crímenes cometidos bajo la dictadura, el ejercicio de por vida de su cargo por Pinochet, etcétera. Más adelante en un capítulo titulado “Democratizando la democracia”, Castañeda discute un amplio número de cambios que a él le gustaría ver en el actual puñado de regímenes electorales latinoamericanos. Muchas de estas sugerencias son inobjtables: fortalecimiento de la sociedad civil, descentralización de la democracia y su establecimiento a nivel municipal, el combate al fraude electoral, garantía del derecho al voto, representación proporcional creciente, la limpieza de las finanzas electorales y el acceso a los medios de comunicación y ausencia de intimidaciones.¹⁶ Empero, nuevamente la cuestión más notable es precisamente lo que Castañeda ignora: desterrar los residuos de las dictaduras. Elude discutir la herencia antidemocrática de estas últimas, tal como los parlamentos montados para fortalecer a la derecha, jerarquías militares libres de control civil, redes de inteligencia carentes de supervisión democrática, impunidad permanente para aquellos que cometieron crímenes bajo las dictaduras y el incremento del poder ejecutivo por medio de decretos. Estas cuestiones son cruciales para la vitalidad futura de los regímenes electorales en América Latina, pero ellas son odiosas para Castañeda debido a que su planteamiento rompería el encanto del consenso y de la reconciliación con las clases dominantes —y sus respaldos militares que el autor invoca. Castañeda parece haber subordinado su preocupación por la democracia a su más amplia agenda política de adaptación de la izquierda a las élites dominantes y a los militares. ¿No es precisamente éste el tipo de subordinación de la democracia a otro, más importante objetivo social que él encontró tan objetable en la teoría y en la práctica de la izquierda durante varias décadas pasadas?

Conclusiones

El débil tratamiento de Castañeda de las fuerzas sociales en conflicto a través de la evolución de la izquierda latinoamericana en este siglo, lo hacen menos que satisfactorio como historia o como tema de análisis

¹⁶ *Ibid.*, pp. 373-378.

político. Sus historias conservadoras del comunismo, del populismo y de la izquierda revolucionaria son demasiado inconsistentes como descripción para alimentar interpretaciones alternativas o el debate. Como hemos argumentado, el olvido de la dimensión de la lucha de clases resulta en una historia de la izquierda que exagera el papel de las élites y de las organizaciones. Su valoración de los impulsos nacionalistas y democráticos en la región desestima a las fuerzas dirigentes que están detrás de los mismos: las realidades de la intervención estadounidense y la presión de masas por un gobierno popular. Estos descuidos están condensados en el esquema estratégico que Castañeda ofrece a la izquierda en las conclusiones de su libro. Este bosquejo exige una reconciliación entre las élites de la izquierda y de la Derecha, local y extranjera, bajo los términos de la derecha neoliberal, con la esperanza de que en el mediano plazo puedan aumentarse más los impuestos, mayor regulación, más gasto social y controles más estrechos sobre el capital extranjero. El esquema no toma en cuenta la antipatía de las masas hacia la "lógica del mercado" y las insuficiencias de los regímenes electorales que se practican actualmente en América Latina, como lo ilustran los numerosos disturbios, huelgas generales y levantamientos armados impulsados en contra del neoliberalismo durante los ochenta y noventa. Al mismo tiempo, tampoco tiene en cuenta la antipatía de la Derecha en contra de las intromisiones con las fórmulas neoliberales de política. Las recomendaciones estratégicas de Castañeda son tan carentes de análisis social como lo es su historia de la izquierda latinoamericana.

Al final de cuentas, *La utopía desarmada* tiene menos importancia como investigación intelectual del pasado y de las perspectivas de la izquierda que como una reflexión de una corriente particularmente prominente dentro de la izquierda latinoamericana. Su trabajo refleja la estrategia y las políticas de organizaciones tales como el Partido de la Revolución Democrática de Cárdenas, el M-19 colombiano, los sandinistas, corrientes reformistas dentro del Partido del Trabajo brasileño y el socialismo renovacionista chileno. Castañeda ha reunido muchos análisis fragmentarios de estas fuentes, ha revestido posturas con argumentos, ha captado un sentimiento de desilusión y anti-utopismo y ha sistematizado todo este embrollo en algo así como una doctrina socialdemócrata para los noventa. La suya es una presentación pulida, enérgica y sobria de esta doctrina. Pero carece de profundidad histórica y de realismo estratégico.